

Mexicano del Seguro Social, dentro del cual supo resolver con singular acierto problemas institucionales diversos, muchos de ellos en beneficio del desarrollo técnico-científico y cultural de su ya numeroso cuerpo médico. Su gestión fue positivamente venturosa para ese grupo. A su decisión debe la Academia la estructura, mobiliario y decoración actual de su recinto y dependencias anexas. Ocupó además las posiciones de vicepresidente de la Asociación Internacional de Seguridad Social (1967-1971) y la de presidente del Comité Permanente Interamericano de Seguridad Social (1966-1970).

Tenía el doctor Morones Prieto cerca de 71 años cuando se retiró del servicio

en el sector público del país. En 1973, con motivo de su jubileo profesional, fue objeto de diversos actos y ceremonias, en las cuales, con gran sentido de justicia, numerosos grupos médicos hicieron testimonio público de reconocimiento a su vida médica destacada, conducida siempre dentro de un marco de bondad, sencillez y generosidad.

Termino rindiendo un tributo de admiración y de respeto al médico, al académico, al hombre que supo conjuntar excepcionales atributos profesionales y que trabajó con gran perseverancia para la medicina mexicana y para México, a los que sirvió con lealtad y quiso tanto.

## AL DOCTOR GABRIEL ALVAREZ FUERTES

### *In memoriam*

ISAAC COSTERO

En cumplimiento de las reglas académicas, debo resumir hoy ante ustedes lo más destacado de la obra realizada por nuestro compañero de labores, recientemente fallecido, el doctor Gabriel Alvarez Fuertes.

Nacido el día 3 de febrero de 1918 en Salamanca, Guanajuato, recibió su título de médico cirujano en la U.N.A.M. en agosto de 1945 y fue miembro numerario de la Academia desde septiembre de 1959.

Al iniciar estudios profesionales, se aficionó a la histología normal al lado del doctor Tomás Gutiérrez Perrín, de tan grata memoria para todos nosotros, y a la anatomía patológica como ayudante de las

cátedras entonces a mi cargo. Pronto fue a su vez destacado maestro en ambas materias, que impartió como profesor titular, tanto en el Instituto Politécnico Nacional como en la Facultad de Medicina de la U.N.A.M. Aunque el doctor Alvarez Fuertes fue fundamentalmente microscopista e histopatólogo, destacó también en el reducido grupo de médicos que, entre nosotros, ha dedicado una parte considerable de su interés al diagnóstico anatómico y al establecimiento de las relaciones clinicopatológicas, practicando necropsias en la forma clásica de Virchow. Desde que se inició en esta actividad en

el anfiteatro del Hospital General, hacia 1938, hasta sus últimas actividades en el Hospital de la Mujer, ahora como parte de los cursos que impartía en el Registro Nacional de Anatomía Patológica, nunca interrumpió el método de estudio al que debe su desarrollo actual la patología clínica.

También se interesó en la medicina legal y en la historia de la patología, mientras realizaba análisis histopatológicos en el Sanatorio Español, en el Hospital Juárez y en el Hospital Mocel, sucesivamente. Sin embargo, su verdadero mérito surgió cuando tuvo oportunidad para demostrar extraordinarias cualidades como organizador. A su esfuerzo personal debemos: 1) la fundación de la Sociedad Mexicana de Patólogos, que iniciara bajo su presidencia las labores en 1948; 2) la organización de la primera Reunión Nacional de Patólogos durante la Asamblea Nacional de Cirujanos, en noviembre de 1952; 3) el establecimiento del Consejo Mexicano de Médicos Anatomopatólogos (1963) —primero del país, pronto seguido por los de otras varias especialidades médicas—; y 4) la creación, organización y sostenimiento del Registro Nacional de Anatomía Patológica de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, que dirigiera desde 1959 hasta su muerte.

Como puede notarse, toda la organización oficial y reglamentada de la Anatomía Patológica Mexicana se debe a la iniciativa y al esfuerzo del doctor Alvarez Fuertes. La Sociedad Mexicana de Patólogos reunió en su principio a todos los especialistas clínicos del país, estimulando entre ellos la solidaridad, la cooperación y el espíritu de trabajo. Con la primera Reunión Nacional de Patólogos se iniciaron los actuales congresos, que dan a nues-

tros especialistas la relevancia que merecen. El Consejo de Médicos Anatomopatólogos llamó la atención de los clínicos sobre la conveniencia de que las actividades profesionales correspondientes fueran realizadas por quienes tuvieran preparación adecuada a la alta responsabilidad que afrontan. Y en el Registro Nacional de Anatomía Patológica se han preparado muchos de los patólogos y de los técnicos en histopatología que hoy trabajan en el Distrito Federal y en los Estados. Aquí su labor fue permanente y reunió, bajo los auspicios de la S.S.A., la biblioteca-hemeroteca de la especialidad más nutrida y mejor organizada del país, con su pequeña imprenta y encuadernación anexas, a través de las cuales y por muchos años, se realizaron los cuadros, láminas, reimpresos y bibliografías para la enseñanza, y se mantuvo el contacto entre los técnicos y médicos de los Estados con el centro matriz. Los bien dotados laboratorios del Registro, sus instalaciones de cirugía experimental, el laboratorio de microscopía electrónica, el aula —muy práctica, pues permite trabajar en ella con los microscopios— y los cubículos para estudios especiales, permitieron realizar al doctor Alvarez Fuertes y a su grupo de trabajadores una labor trascendente para la patología mexicana.

El doctor Alvarez Fuertes era miembro numerario del Consejo para la Investigación Médica de la S.S.A., del *Board Certification in Pathology*, de la *World Association of Anatomic and Clinic Pathology Societies*, y de diez y siete sociedades científicas de la especialidad, en su mayoría internacionales.

A pesar de que la mayor parte de su atención la ocupó en preparar patólogos y técnicos —sólo del Registro salieron du-

rante su labor 20 médicos y más de 100 técnicos— demostró entusiasmo por la investigación científica desde su tesis profesional, que hizo sobre la estructura de los pinealomas, esos raros tumores todavía hoy no bien comprendidos por los histopatólogos. En este campo pronto su preferencia se orientó sobre la patología ginecológica, cuyo caudal enriqueció con veintinueve trabajos originales. Era él mismo un excelente técnico y las preparaciones que conseguía causaron no pocas veces admiración entre quienes conocen las dificultades que encierra el manejo de los colorantes histológicos; sus seis publicaciones al respecto son verdaderamente notables.

En los últimos años se sintió impulsado a mejorar el tratamiento de los tumores malignos. El patólogo ve todos los días con el microscopio cada vez mayor número de lesiones de ese diagnóstico, mientras le llegan para estudio completo, vía anfiteatro, los enfermos que sucumbieron a la enfermedad. No ignora sin embargo, los recientes progresos del tratamiento con radiaciones y mediante quimioterapia, en un número importante de tumores malignos, en enfermos que hasta hace poco se hallaban sin esperanza. Tales circunstancias son otros tantos estímulos a los que difícilmente puede resistirse una mente inquieta, inquisitiva y progresista como la de Alvarez Fuertes. Además, y también como patólogo, era buen conocedor de los procesos inflamatorios. Todo ello le impulsó, sin duda, a contribuir entusiastamente en el ensayo práctico y activo de la inmunoterapia para combatir algunas neoplasias invasoras. Bien preparado en metodología y con correcta información, asociado a excelentes colaboradores, sus ensayos resultaron prometedores. Al dejar

éstas sus tareas para siempre, no han quedado abandonadas; brillantes discípulos las llevarán adelante, hasta el fin lúcido que merecen.

Unas pocas palabras más, ahora sobre mi amigo Gabriel Alvarez, ya que la faceta espiritual de ninguna manera puede separarse de la materialidad social. Debo decir aquí que Gabriel y yo formamos una buena pareja complementaria pues, con un mismo ideal como meta, discrepábamos en los medios más adecuados para conseguirlo.

Aunque era más joven que yo, ninguno de los dos escapamos, durante nuestra infancia, a la fuerte influencia del romántico siglo XIX. Ambos abrimos los ojos a la vida escuchando a Mimí cantar su pasión, con límpidas lágrimas que ayudaron a despejar la visión de nuestras primeras sensaciones afectivas. Con tan tierno principio, alcanzamos el pleno desenvolvimiento de la frígida sociedad actual, un nuevo periodo prediluvial donde, al tintinear de los treinta dineros, hemos elevado ese soberbio zigurat representado por los cohetes interplanetarios. Como en Babel, cuando la construcción de la Torre estaba ya muy avanzada, ahora tampoco nos entendemos a pesar de los esfuerzos para mejorar la intercomunicación. Vivimos de nuevo la confusión de las lenguas: muchos dicen, exhortan, presagian y ¡hasta calculan estadísticamente y con máquinas computadoras!... los mayores desastres; pero pocos los atienden, comprenden o toman en cuenta. Y por ahora no se vislumbra el Noé capaz de construir un arca salvadora, siquiera para la pareja de unas cuantas especies. Porque si en el flotador entran todas —el grave error de Noé— los misántropos —en su sentido de desbaratadores de hombres— que, desde su

salida por el monte Ararat se multiplicaron en forma de ahora dominarnos, volverían a determinar las predichas catástrofes.

Todavía a bordo del S. S. Orinoco—que nos trajera juntos a México, como a nueva tierra de promisión— y al iniciar juntos en el Hospital General el pie de amigo en el que apoyar la modernización de la patología en México, nos parecía que el prototipo de hombre cabal debería ser el que nos dibujaron abuelos y padres: el de mente recta, espíritu justiciero, espejo de moralidad, venero de virtudes, base de disciplina, responsable hasta la muerte—; se suicidaban los banqueros arruinados, los generales perdidosos, los capitanes del buque en trance de hundimiento, los políticos fracasados. . . !—, ese hombre cabal ahora sustituido por alguien más práctico: el individuo emprendedor, competitivo, dominante, envuelto en intimidaciones—entre ellas la plurivalente del espionaje llamado industrial—, prototipo hacia el que se ven lanzados nuestros nietos. Ni Gabriel ni yo pudimos nunca acomodarnos a semejantes cambios.

Pero, desde el punto de vista del temperamento, Gabriel fue siempre el joven luchador, tenaz, amigo de la prosperidad para todos, apóstol de la amistad, intolerante con la doblez y el disimulo interesados, con la traición a la confianza del compañero, con la explotación del hombre prudente por el despótico, con el desconocimiento de los valores humanos allí donde se encuentren. Su generosidad carecía de límites. Por mi parte debo confesar que, si disfruto hoy de alguna holgura material, a él se la debo por entero. Sólo su tenacidad para convencerme, me llevó a escribir los libros de texto, y él me incluyó en el Consejo Directivo del Regis-

tro; ambos desinteresados apoyos, me produjeron ventajas materiales que ahora puedo apreciar.

Pienso que, en este momento, cuando Gabriel nos abandona, él con su acometividad y su sentido práctico bien apegado a los hechos, yo con mi evidente condescendencia apoyada en optimismo un tanto quimérico, llevamos todavía las de perder. Sólo unos pocos cumplen hoy los principios morales que nos trajeron al elevado nivel ético de los años precedentes a la Primera Guerra Mundial; pero todos, incluso aquellos que no los cumplen, sienten en su intimidad tal pérdida de principios. Y ésto es una sólida esperanza. Si Atenas resultó destruida por Esparta, que sobrevivió justo lo suficiente para contemplar el renacimiento ateniense; si en las Cruzadas resultamos derrotados los cristianos, pero aún no salen de su decadencia los sarracenos; si la monarquía volvió a Francia sobre la alfombra de aristócratas y desarrapados muertos en torno a la Bastilla, pero desde entonces los humildes dejaron para siempre de ser la escoria que entonces creían los poderosos. . . no tardarán mucho en retornar los ideales intrínsecos de la humanidad, aquellos que la sacaron siempre de otros atolladeros semejantes al que ahora vivimos, y sin los cuales, el paso por este nuestro mundo—del latín *mundus* = limpio, pulcro, elegante—, carecería de meollo racional. En verdad, una civilización grosera de tenderos afortunados ha contaminado de nuevo hasta las almas populares, pero no en forma permanente. Por encima de todo hay que tener paciencia; por supuesto, una paciencia activa, vigilante, animosa, siempre enérgica y precavida frente al engaño.

No veremos ni Gabriel ni yo aquel renacimiento; pero deseo firmemente que

muchos de los que me escuchan alcancen esa tan necesaria compensación. Y enton-

ces acuérdense de nosotros siquiera sea sólo por unos instantes.

## AL DOCTOR UBALDO ROLDAN VERGARA

### *In memoriam*

CARLOS ZAMARRIPA TORRES

La Academia Nacional de Medicina me confirió el honor de escribir algo en memoria del doctor Ubaldo Roldán Vergara, académico recién fallecido.

Acepté de buen grado, por que se trata de un médico de gran significación en la medicina del trabajo de nuestro país y, además, en virtud de que lo conocí y guardo un amable recuerdo de él.

### El provinciano

Hace 50 años, un joven provinciano de parte sencillo, Ubaldo Roldán Vergara, originario de Toluca de Lerdo, ciudad de temple frío y capital del Estado de México, cruzaba las "alpestres" cumbres que separan el antiguo valle de Matlatzincó del Valle de México, para iniciar sus estudios profesionales en la Escuela Nacional de Medicina, de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Procedía Ubaldo Roldán Vergara del Instituto Científico y Literario de brillante trayectoria y gran significación en las letras, el conocimiento y la política estatal y del país.

En la Escuela Nacional de Medicina, apodábamos a Ubaldo Roldán Vergara, "el colorado Roldán", por el color rubi-

cundo de sus mejillas; color de piel debido, tal vez, al efecto combinado de su herencia española, al roce de los vientos frescos del nevado toluqueño, a la altura sobre el nivel del mar donde vivió o a no sé qué otro factor.

Siempre fue bien estimado por sus compañeros. De temperamento apacible y condición prudente, no mostraba las explosiones de ánimo que rompen las ataduras emocionales. Generalmente introvertido, se tornaba locuaz e ingenioso con amigos, cuando penetraba al medio de sus entretenimientos favoritos, de gran sentido epicúreo.

Calmado, pero estudioso y tenaz, realizó sus estudios entre los años 1925 y 1930, y los coronó con el examen profesional los días 7 y 8 de septiembre de 1931, que aprobó por unanimidad.

Por su seriedad y prestigio, sus discípulos lo nombraron coordinador para organizar los festejos de sus aniversarios de recepción profesional.

### Pionero de la medicina del trabajo en México

El doctor Ubaldo Roldán Vergara precedió el desarrollo de la medicina del tra-